

Alberto Rubio



Trances



Colección
LOS CONTEMPORANEOS

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Trances



Colección
LOS CONTEMPORANEOS

© EDITORIAL UNIVERSITARIA, 1987

Inscripción N° 67.210

Derechos exclusivos reservados para todos los países

La reproducción total o parcial de esta obra por medio de fotocopias o cualquier otro método, está penada por la Ley

ISBN 84-8340-207-6

Texto compuesto con matrices *Linotron Garamond 13 1/2/17*

Se terminó de imprimir esta 1ª edición
en los talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454. Santiago de Chile
en el mes de agosto de 1987

CUBIERTA:

Óleo de *Raimundo Rubio*, 1984
Washington D.C.

Alberto Rubio



Trances

Ilustraciones de Raimundo Rubio

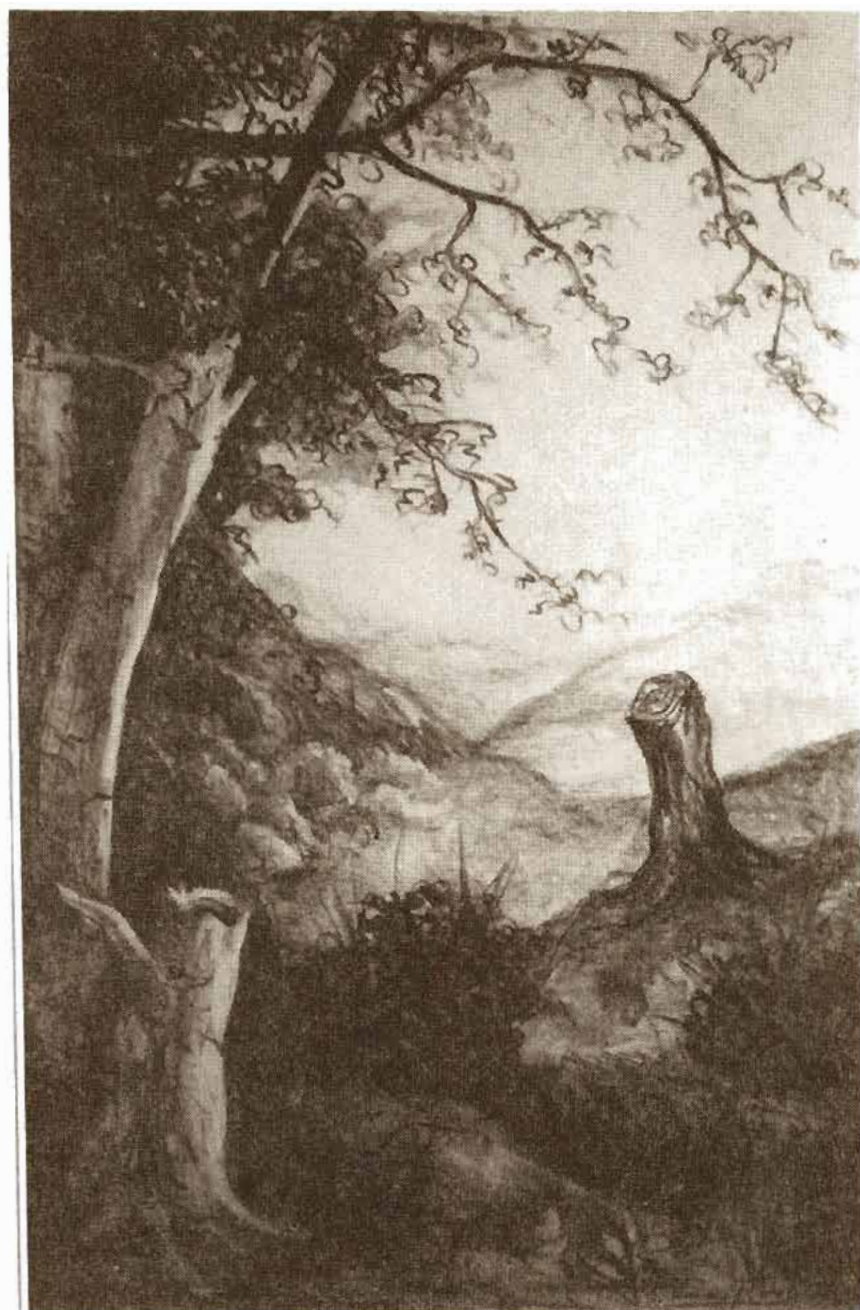


EDITORIAL UNIVERSITARIA

ÍNDICE

OIDOR	9
NATALICIO	13
COMENSAL	17
INMÓVIL	21
REMOTO	25
INSOMNES	29
MILENARIO	33
GALÁN	37
PASTOR	41
ESTOICO	45
DÚO	49
ZÁNGANO	53
DONANTE	57
GULOSO	61
REBELDES	65
PADRE	69
BIENVENIDO	79
ALBA	83
MAYORDOMO	87

O I D O R



Tañe lejos el sol, vuela sonido
bruñidor, silencioso de mañana,
silencioso golpea a mi ventana,
me susurra esplendores al oído,

enciende en la cortina su gemido
por expandir universal campana
jamás oída enorme de lejana,
visible vasto su fulgor tañido

ya radiante gorjeo en la arboleda,
sonora, inmensa luz aminorada
sobre ramajes, haz de trinos rayos,

repentino caudal en la vereda,
áureo relincho, gozo de exhalada
yegua hacia donde fulgen los caballos.

N A T A L I C I O

¡Natalicio otra vez ante mi puerta!
Siempre el día y el mes de años pasados.
Hoy me escabullo. Siguen sus llamados.
No cree que la casa esté desierta.

La barba mustia se me engrifa alerta.
Me pasmo en un rincón. Apresurados
aldabonazos. Tregua. ¿Terminados?
Pasos. ¿Puerta por Dios furioso abierta?

De pronto el orador en mi guarida:
—Yo, prometido suegro de un moroso
novio no preparado para esposo,
vengo sin la suprema prometida,

aún postergado tan nupcial convite—.
Río: —¡Si me invitara de repente!—.
Ríe: —Ni el testar deje usted pendiente.
¡Conmigo ni ella juegue al escondite!

C O M E N S A L



Arrimado a la esquina de la mesa,
fiel, infinito el son de mi cubierto,
quisiera seguir siempre el mismo Alberto
Rubio resucitado con su presa.

¡Qué olorosa la carne me embelesa
dorada, tan real, y tan despierto
de mis sentidos yo, por fin tan cierto
que la separación de amigos cesa!

Brindis ahuyentan hoy mutuos agravios,
pero injurias del Tiempo corporales
no dependen jamás de humanos labios

ni de la ingratitud de los mortales,
tampoco del perdón nuestro de sabios
cristianos y felices comensales.

I N M Ó V I L

Fatiga despuntar un par de pasos:
basta el impulso como heroico avance.
Deslumbra agotador el solar trance
de perseguir las albas, los ocasos.

¿Correré siendo sol por campos rasos,
rayos mis piernas de frugal alcance,
si sangro sombra en vespéral percance,
rotos sanguíneos y solares vasos?

Dios mismo se cansó cuando encendía
su universo, del mundo, que no cesa
de cansarme como a Él lo cansaría

con su fulgor de chispa en cielo presa,
viva en el tiempo enorme todavía,
pronta en el infinito a ser pavesa.

R E M O T O

Vives arando allá en lejana zona,
siempre inmensa la fe por las raíces,
que en mazorca y racimo se corona.

Bajo tu cuerpo surcador fiel yace
la finca, fecundada con maíces
y vides en sus ávidas matrices,

la savia, sangre tuya que renace.

Ya las cosechas fueron. Quemas —humo—
prontas las cañas secas del verano.
Podas, sarmientas: va estricta la mano.

Mano que ya se tiende hacia el consumo
del vino aéreo y nutritivo grano.
Si te enfermas de noche con el zumo

por celebrar triunfante la cosecha,
te remedia la harina: luces sano
de mañana, persona bien derecha,

sólo curva si arando al sol, barbecha.

I N S O M N E S

Magro el perro sujeto a la cadena,
bajo el damasco vive siempre atado
como estricto guardián muy mal pagado
que ni siquiera de aserrín se llena.

¡Lamiera afrecho de una mano buena!
Ladra de noche, siempre encadenado:
cuida el predio al vecino, ese malvado
ya insomne a veces por ladridos, pena

que le impone su perro, a quien injuria
saliendo. El perro calla ante la furia
del amo, y el amo entonces se arrepiente

de soltarlo, contento. Mal olfato
del can, ahora también guardián novato
que ha enmudecido, preso de obediente.

¡Ladrara sin cesar pese al ingrato,
aunque lo rete! Ya ni se lo siente:
gemirá quedo. ¡Ladre de inmediato!

M I L E N A R I O



Me vuelvo esa persona demorosa,
confusa, cuya prisa más la atrasa
cuando sale; no sabe qué le pasa.

¿Las redes o tejidos? ¡Buena cosa!
Los huertos y jardines, tanta rosa,
fruta, alfalfar, viñedo, bestias, casa;

riegos, siembras, cosechas
—labores a sus horas y en sus fechas—,
libres actos rituales suyos, míos,

constante campesino milenario
que se encarna en mis propios albedríos,
ni hosco ni demasiado solitario,

algo sociable, alguna vez parlero;
hombre que vive a gusto,
sobresaltado por el solo susto

de perder, rey feliz, el reino entero,
donde al fin otra fruta ágil madura:
sangre propia enraíza en su escritura.

*
**

Se enreda en los olvidos y en las llaves.
Quizá no haya cerrado bien la puerta.
Vuelve. ¿Dio de comer a perros y aves?

Les brinda presa y grano. ¿Listo? —¡Alerta!
—llaman cuclillos de relojes viejos—.
Ni caballo ni tren, coches o naves,

obran milagros hacia los festejos
antípodas, llameantes de entusiasmo
glorioso, que se apaga a estas alturas:

ni a los postres llegarás. Como en pasmo
de amor contemplas siembras, frondas: juras
que no saldrás debido a la tardanza,

sin confesarte nunca esas ternuras,
ni el temor a perder frutas maduras:
quizá la Muerte, súbita su lanza,

allá en la misma fiesta al fin te alcanza.

G A L Á N

Tanto tiempo que esperan esas flores
vagas, alertas desde los rosales,
ser envío de amores

secretos, potenciales
en culpas atrasadas
que no han nacido y viven desahuciadas.

Así no sé de males
míos, pero me importarán los daños
a las probables víctimas de engaños:

las rosas en esperas
de ser las verdaderas
rosas que envíe yo, ¡por tantos años!

¿Mi vida existe verdaderamente
fundada en esa imagen del envío
tan irreal a fuerza de pendiente

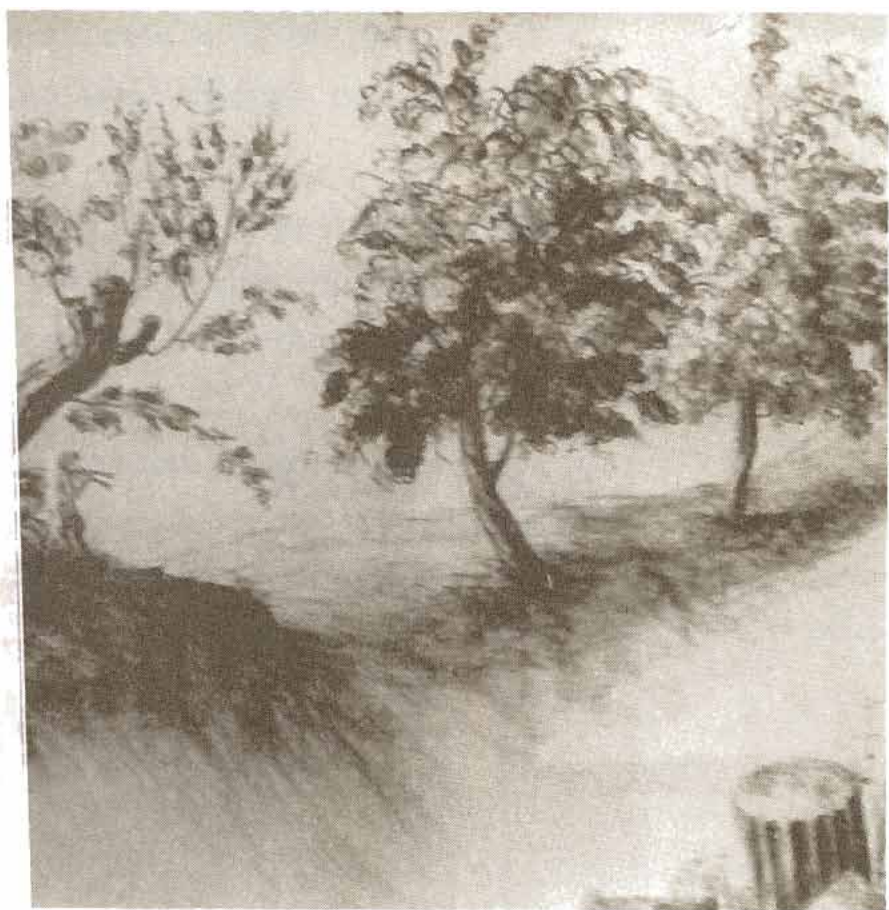
como cosa inventada a mi albedrío?
Para mí el mundo vive si lo siento,
nutrido por mi propio sentimiento.

Si toda cosa en sí existiera
como árbol absoluto en la pradera,

¡qué vil sería enviar rosas marchitas
y pérfidas de rojas infinitas
a la mujer de mi mejor amigo!

Pero ¿existen las flores demorosas,
mi amigo, su mujer, y yo, que sigo
fundando mi existencia en esas rosas?

P A S T O R



Hurga Dios furibundo sus guedejas
y rizos de la barba despeinados
clamando: —¡Abominables los pecados
de varones y bestias en parejas!—.

En nube enarca las pobladas cejas,
desborda los torrentes desatados
sobre los escondites emboscados.
—¡Corramos al aprisco, mis ovejas!—.

Truenos, rayos, azules resplandores.
Arde el bosque de pronto como caña.
Nos fulmina el Señor. ¡Cómo se ensaña!

Sabe cruel cuán felices los pastores
se ayuntan con ovejas en amores.
Amigas, ¡al redil! Yo, a mi cabaña.

E S T O I C O

¿Dormido estoy? ¿Las alas de un zancudo
vibran? ¿Sueño el fatídico zumbido?
Por fin la comezón en el latido
de la fosa nasal, y el estornudo.

¿Cómo se deslizó tan hondo? ¿Pudo
meterse sin temor a mi ronquido
desafiando mi propio resoplido
con su maldita espada y sin escudo?

Contra mi piel practica esgrima pura;
no lo alcanzo después de la estocada;
pulsas las alas con un son de corno

monótono; a mi vena se apresura,
sorbe, zumba burlón a mi palmada;
me adormila tañendo en mi contorno;

¡despierto con la punta de su espada!

D Ú 0



Basta de mascullar esa romanza
persecutoria, lúgubre, doliente,
que disuena en mis sienes sordamente
sujeta por afanes de venganza.

Fiel paso pierde en melodiosa alianza
bailador desconfiado apenas siente
que da un mal paso la pareja enfrente:
por espiarla distráese en la danza.

Lento se alivia de un pesar gigante
cual yo al tomar un buen paso de amante
que ya no fulge en furia hacia la amiga

si le atribuye suspicaz, celoso,
mal paso falso en el bailar airoso
melodías de amor, hombre a la siga

de *mota* en dama, bailarín con *viga*.

Z Á N G A N O

Zángano que expulsaron las obreras
entró en mi cuarto, ronco y decidido,
buscando un agujero para nido,
cansado de volar por las praderas.

Ojalá hallar un hueco en las maderas,
beber la oscuridad del hondo olvido,
comerse el propio cuerpo sumergido
renunciando a las mieles y a las ceras.

Anidado en tiniebla de hendidura,
las alas en la red de su atadura,
bebe la oscuridad desesperado

sin poder tiritar con más soltura
ni descansar por fin siendo bocado,
muerta la araña en su tejido al lado.

D O N A N T E

Traje mío, agonizas prematuro:
flamante azul al tiento se me escapa.
Gris nocturno surgido en la solapa
cubre avanzando todo el lienzo oscuro.

Nidal abandonado por apuro,
calco del cuerpo, réplica del mapa
de mi persona cuando más se tapa,
¿morir de puro ingrato el inmaduro?

Abren ahora —rojo— los faldones
par dorado de lustros: una herida.
Le darás a mi primo rey cabida.

¡Súmelo en majestuosos pantalones!
A él te regalo con hilacha y todo,
gastada la rodilla, roto el codo.

G U L O S O

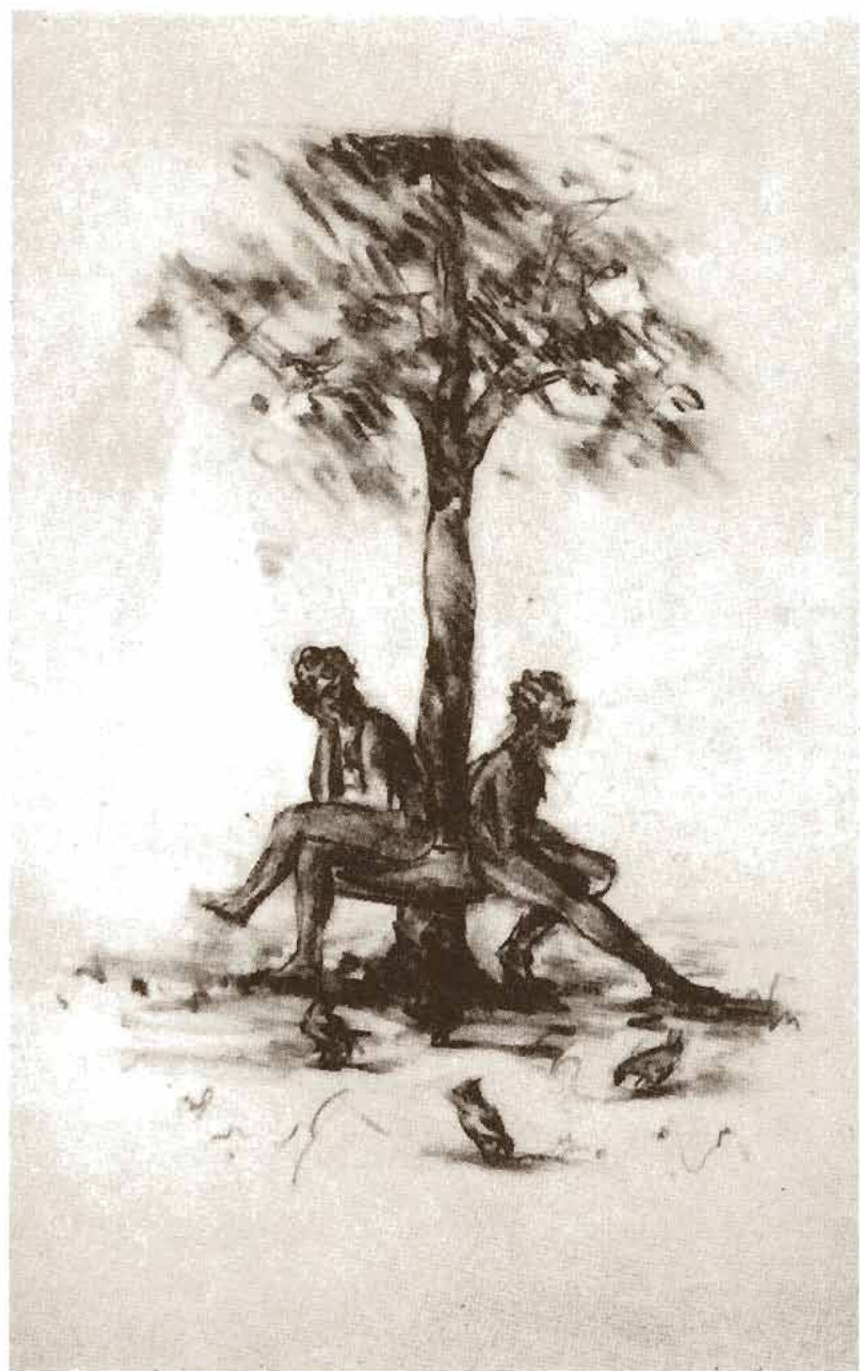
Cuando uno se despierta acalorado
con un monte de ropa en el invierno,
copioso de manjares y falerno,
sintiendo el corazón apresurado,

culpable de un banquete devorado
como para ser digno del infierno
y ver al Diablo con su cola y cuerno
tras la cena copiosa, agazapado,

gallos al alba apáguenle esos ruidos
de la sangre en tormenta en los oídos
—desatado reloj, sordo galope

que lo conduce tanto al fin al tope
de su vida, montado en sus latidos
veloces, cuanto más peque y se arrope—.

R E B E L D E S



¡Citas dominicales que Dios manda
cumplir después de misa, el paso lento
por la plaza del pueblo hacia un asiento,

pies rebeldes al ritmo de la banda!
Ciertas noches, feliz consentimiento
de doncella en balcón a la baranda:

saltaba su galán al aposento.
Se prometían celebrar casorio.
Pulsábanse por años, tan afines,

en uno y otro lecho provisorio,
sus cuerpos en los táctiles festines.
La orquesta en el verdor de los jardines

se ponía a cazar gris auditorio
con lúgubres disparos de violines.
Caían las parejas resentidas,

palomas y personas en la plaza,
las ofensas recíprocas surgidas:
don Rencor, que de orquesta se disfraza,

cazador, disparando iba de caza.
Propagaba discordias en heridos
con impactos de música en el pecho:

negábanse a alquilar veloces nidos,
navegar por delicias en un lecho.
Morían los amantes de aburridos.

Por altivez querían dar vestidos
moralizantes al amor maltrecho.
Se predicaban mutuos, los oídos

en trompetas morales, al acecho
don Rencor de insurgentes renacidos
que se erguían, carnal clarín derecho,

silenciosas las dianas
entre silbos hostiles,
a quitar ¡con qué ganas!
al amor ropas viles.

P A D R E



Ni el tronco yo, ni tú la esbelta copa,
ni tallo ni renuevo desgajado.

Ven a la mesa. Escarchará la sopa
de seguir enfriándose a mi lado.

Si no probaras nunca más la cena,
furia, helor en mí: todo, menos pena.

Te pasó por tus fines de semana,
huésped innumerable, apaciguado
por fin en el nidal de una ventana.
¿Cabeceaste? Y al vuelo. Malas veces
punzantes al buscar un abismado
sueño por vida y vino hasta las heces.

Tan joven padre —en todo apresurado—,
creabas prematuro abuelo un día,
suspense entre contento y resignado
con su creencia de que envejecía
por culpa tuya, un poco adelantado,
no por años ni penas todavía.

¿Se cumplió un vaticinio de gitana,
todo el caer cada segundo, cierto,
blando el cuerpo, el apoyo, hijo de lana?
Me enfurezco: te has muerto.
¿No debiste almorzar esa mañana,
después viajar orondo por el puerto?

Glorioso puerto el logro en el abismo,
cavada universal caverna eterna.
¡Ven! Y vuelve a caer conmigo mismo.
¡Cae! Amortigua el golpe aquí en mi pierna
fuerte de ambos, más mía, sí, que tuya.
¿Presto? ¡A cantarle a Dios doble aleluya!

Si fuéramos cayendo en fiel abrazo
filial, dar el perdón a Dios Destino,
aunque se porte doble y asesino,
ambos en el enredo de ese lazo
tendido en el alféizar hacia el alba,
sin que me grites: “¡Padre! ¿Quién me salva?”

Mejor solo al vacío, merecida
muerte por ser mayor, padre anhelante
de que plena se cumpla toda vida;
más la vida de un hijo desbordante
de generosidades, fuerzas, dones,
en poco tiempo frutos a montones.

*
**

La víscera dulzona me atraganta
con su oleaje en salada escaldadura,
honda la llaga sorda que supura.
¿Deleite en el sollozo? ¿Pena santa?
Siempre lo humano del vulgar consuelo
superable mil veces por el hielo.

Tierra sobre el quebranto. Fortaleza.
Erguirme edificando mi futuro,
solar palacio amable muro a muro
donde viva feliz de pieza en pieza...
cuando el muchacho pierde el mundo, todo;
todo el sol, el vivir, ¡y de qué modo!

Me recoja —mejor— árbol de furia
con sus ramas blasfemias en regazos
rencores; goce tenso entre los brazos
frondosos de odio —nunca de lujuria—,
sin rojos frutos hacia tentaciones
gulosas, ni sedantes floraciones.

¿Mejor vivir sin odio, resignado?
Tan evocable ante fecundos huertos,
¿cómo olvidarlo? ¿En yermos o en desiertos,
sobre glaciares o en un mar nevado?
Si conjuro al demonio de la ira,
basura soy, que Dios tan limpio tira.

¡Eso! Transfigurarme en un guiñapo,
ser trapo limpiador de un suelo *inmundo*
de sentimientos. ¡No! *Siento* profundo
supurando, no pura cosa o trapo,
bola entera de nervios, pesadumbre
de viscoso rencor, viscosa lumbre

nadadora en sus lágrimas rabiosas,
batracio en la penumbra de su pozo
de llanto llovedor hasta el destrozo
con babas siderales, venenosas,
de la Tierra y galaxias que no lava
ni a lengüetadas Dios bajo la baba.

Devorara mi víscera una fiera
de selva que, de noche, repentina,
gracias a una piadosa orden divina,
desde el fondo del sueño me creciera
hasta el nido absoluto del reposo,
ya ni sombra del sol tan alevoso.

*
**

Veloz, cruel de verdores el paisaje,
huertos jocundos como por sevicia
—garfio en mi carne la mortal noticia,
pendiente en autobús tardo mi viaje—;
las frutas, burlas de veneno eterno;
las frescas fresas, brasas del infierno.

Yo no abarcaba el daño, de increíble.
La tierra guarda atroz semilla al fondo.
Los rosales giraron en redondo:
dieron rosa de horror al fin visible.
Verdad malvada, súbita, desnuda,
breve desposa al buen dios de la duda.

Ángel negro el teléfono en mi oído,
batió el anuncio ni hoy más convincente.
¿Final de Armando? ¿Cómo? ¿Un accidente?
Golpe en la boca al ángel maldecido,
témpano interno mi primer sollozo.
¿Morir por nada siendo aún tan mozo?

Su faz, hostia absoluta en un segundo;
la sangre, un vino por traidora espita.
Piedad total —también por mí—, infinita.
¿No me quedaba de él nada en el mundo?
¿Su vida en flor sólo un fugaz boceto?
¡Frutos sus versos, sangre suya el nieto!

*Me desprendo. ¿A la noche? Giro el hombro,
brazo al alféizar: tarde. Mi caída.
La Tierra también cae desprendida.
Morir: mi solitario, enorme asombro.
Me vuelve lo fatal más sabio y fuerte.
¿La vida se me va? También la muerte;*

*mi afán de contemplar las luces bellas
sentado a la ventana —mortal causa—;
mi vértigo al caer sin pía pausa;
¿pero no asciendo al mar de las estrellas?
Por fin al alba el absoluto ocaso;
choque de sol y luna; Dios; el paso.*

Por la ventana, al alba, su figura
vi un día tan gallarda a la salida
suya, en mitad del patio detenida,
dudosa, pese al ímpetu y premura,
que sentí con mi orgullo el raro daño
de un padre frente a un hijo rey extraño.

*
**

Yo alcanzaré su reino como el zorro
cazador, por su presa vuelto caza
cuando muere en la trampa que lo enlaza.
En pos de vida hacia la muerte corro
como el hijo corriera en la corriente
que denunció el llegar tan de repente:

buscaba al *hombre* bajo faz de normas,
en libros, fiestas, hospitales, ferias,
iglesias, bares; bebió sus miserias
y fuentes de fulgor —sus altas formas—.
¿Ahora beberá en corrientes luces
de un *alto* río, al margen, aún *de bruces*?

¡Sea! Descubra ya los esplendores
del universo; y el surgir del mundo
viviente con el móvil más profundo.
Beba fiel néctar de absolutas flores,
nunca las sombras ni esa hiel de rosas
lívidas, repentinas de alevosas.

Fulgen sus pieles sucesivas tanto,
que a fuerza de esplendor viaja en derroche
áureo, día a día, noche a noche,
lejos del mundo y su raíz de espanto,
siendo sol por el sol auriga en coche
solar llevado. ¡O por Dios mismo en llanto!

B I E N V E N I D O

Hombre-perro tirado junto a la estufa,
presa de atroz jaqueca en el santo día
bajo sones radiales de ópera bufa
y la solemnidad de una sinfonía

mientras la mujer teje un abrigo al hijo,
la llama quieta su propia veste roja,
alguien en un retrato su mirar fijo,
y el pintor tan remoto su pincel moja

poniendo los colores en nobles telas
tejidas hacia naves y hacia pinturas
de unas frutas con ojos sobre verduras;

el joven luego capitán ante velas
hinchidas de sus óleos ya entre los marcos,
frutales, coloridas, en propios barcos

a zarpar prontos, vientos patrios, ¡espuelas!

A L B A

*Tiernas las uvas a vendimia urgidas
mortalmente en racimo promisorio,
joven al alba, mientras en velorio
pálido verde viñas reunidas
vibraban gotas prontas al pañuelo
del sol cuando ascendía padre el cielo.*

*—¿Uva agridulce ya siendo exprimida?
De la zaranda a tierra ¡qué trasiego!
—alguien pulló al trabajador —. —Estriego
por orden del Viñero de la vida.
—Crueldad inútil en cosecha vana
vendimiar una pulpa tan lozana*

*que se pierde fluyendo tierra afuera,
verde en la plenitud de la mañana,
don mal vendimiador cara de cera.
¡Sin par era el racimo en viña entera!—.
Se escurrió el zumo; pero el verde orujo
lo juntó un hombre en un tonel tendido,*

ueño, de la más parda madera,
tinte negro funeral de lujo;
bre en rocío del verdor perdido,
lo enterró en su propia sementera,
de fermenta cada primavera
o vid de un vigor verde subido,

mo hacia los fines del verano

riosamente rojo en cada grano.

M A Y O R D O M O



Busca un remoto fundo todavía
mi señor, peregrino aún sin tregua.
Su caballo alazán con gallardía
va siempre, y cabizbaja va mi yegua.

Por años, terco, dice que mañana
llegaremos después del tal recodo
Galopa y hasta el monte se le allana.
Mi yegua se resbala en piedra y lodo.

Zona fría y oscura, atardecida.
No divisamos luces de posada.
Si mi señor no volverá en la vida
no espere mi señora de él ya nada.

Le sigo eterno, vastos los desiertos,
por valles, cerros de espinar huraños,
royendo a secas desde magros huertos
secos frutos amargamente extraños.

Abominé de vida sembradora
entre surcos y cercos de su fundo,
loco el señor, sensata la señora,
que de breñas labró un campo fecundo.

Yo, fiel a mi señor por yerma ruta,
rumio sembrar el fundo de maíces,
o la remota finca —la absoluta—
mientras mordemos hierbas y raíces.

Tantos años pasados en andanza,
peregrinar que eternamente dura,
perdida para siempre la esperanza
de llegar, aunque él siempre se apresura.

No pierde el tranco su leal caballo:
pasos acompasados en cadena
de sordos cascos miden tiempo; rayo
ni trueno rompen tal reloj que suena.

Sea la Tierra inmemorial su predio
por donde vamos en remotos flancos
lejos de las ciudades que hay en medio,
yo, tropezando, y él, a nobles trancos.

*
**

Zigzagüea de noche diurna estrella
que nos guiara, pero ¡Dios, adónde?
Negra mi yegua incrédula resuella.
Piedras contempla; el astro se le esconde.

¡Cuánto reposo en la visión del cielo!
Mi yegua, que perdió las herraduras,
pie lastimado, sufre áspero suelo
de breñales y resquebrajaduras.

Gacha por hambre, peso, tiempo, abajo
cascos y ojos en zarzas y peñones,
mientras sueña llegar por un atajo
entre las endiabladas direcciones.

Toda la Tierra oscura en donde vamos
galopa alegre por los universos
bajo lucientes y estelares ramos
sobre prados aéreos y tersos.

Hender, fijos los ojos en abismo
planetario, con bestias, cielo arriba.
—¡Subimos!— digo, surjo ahora; al mismo
tiempo manda el señor: —¡A la deriva!

Hace tres décadas, el entonces joven Alberto Rubio publicó su primer libro de poemas: *La Greda Vasija*, que dejó la evidencia inmediata y sólida de un gran creador.

A más de 30 años de aquel libro, aparece el presente, segundo y último. Decisivo: una especie de Quevedo moderno, con esguinces robustos y locuciones plenas de sentido, aunque trastrocadas por el estilo del poeta chileno, no parecido a nadie entre nosotros. Aquí se echa mano del noble verso endecasílabo, agrupado en tercetos, pero más frecuentemente en sonetos; perfectos en su calidad humana y lírica, en su nupcia de fondo y forma.

Hay en Rubio un *humor negro*, muy español y quevediano también; una serenidad recia de gran estirpe estoica, más que cristiana; un dolor trascendido por la belleza. Ante la desgracia del hijo (poeta también), muerto al caer de una ventana, erige un poema ejemplar, el último de *Trances*: "¿Se cumplió un vaticinio de gitana? / ¿Todo ha sido tremendamente cierto? / ¡Cómo fuiste a caer, hijo de lana! / Me enfurezco: te has muerto". Alberto Rubio, nacido en 1928, pertenece a la *Generación del 50*, en la que también destacaron Enrique Lihn, Jorge Teillier, Efraín Barquero, Oscar Hahn.

